
Los talleres literarios en Guadalajara (1970-2000) y su influencia en el medio literario

Juan Carlos Gallegos Rivera
*Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Iztapalapa*

1. Los talleres: algunos datos e influencia

Son pocas las investigaciones sobre los talleres literarios tapatíos que se han desarrollado con profundidad. Entre la magra bibliografía del tema resalta un par de trabajos que en realidad compilan el mismo proceso de indagación: *Los talleres literarios como difusores de cultura en Guadalajara (1970-1990)*, de Francisco Javier Ponce Martínez (1992) y *Los talleres literarios en Guadalajara (1991-2000) Influencia en el ámbito literario de la ciudad*, de mi autoría (2010), ambas tesis de licenciatura presentadas al departamento de Letras de la Universidad de Guadalajara. La segunda es continuación directa de la primera.

La tesis de Ponce se divide en dos partes, una para cada década estudiada, y en total suma veinticinco apartados, es decir, al menos se habla de esa cantidad de talleres, entre los cuales pueden contabilizarse el “Taller Elías Nandino”, el Taller Jalisciense de Literatura, Ateneo Summa y los primeros talleres del Ex Convento del Carmen. Por otro lado, la segunda tesis se divide en dos capítulos: el primero está dedicado a las décadas abordadas por Ponce; el segundo estudia el periodo entre 1991 y 2000, y comprende treinta y tres apartados. Entre los talleres más notables de entonces se encuentran el Antitaller de Poesía “César

1. Juan Carlos Gallegos Rivera. "Los talleres literarios en Guadalajara (1991-2000) Influencia en el ámbito literario de la ciudad". Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2010, p. 13. (Tesis de licenciatura).
2. Francisco Javier Ponce Martínez. "Los talleres literarios como difusores de cultura en Guadalajara (1970-1990)". Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1992, p. 7. (Tesis de licenciatura).

Vallejo", los de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM) y Literalia, los resurgidos talleres del Instituto Cultural Cabañas y del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), los de la Casa Museo López Portillo y del Fondo de Cultura Económica (FCE).

Cabe mencionar que una de las principales funciones del par de tesis referido consistió en "averiguar en qué medida los talleres han contribuido al incremento y difusión de la literatura local".¹ Ponce, al respecto, inicia la presentación de su tesis con las siguientes palabras:

Realmente son muy pocos los trabajos que se han realizado acerca de los talleres literarios en todo el país. Prueba de ello es la completamente nula bibliografía que existe. Sólo han aparecido esporádicamente algunos artículos en revistas o periódicos de difusión nacional. Esto hace que el tema sea completamente virgen y se preste perfectamente para un estudio en el que se enumeren sus principales características.²

Aún hoy, a más de tres décadas de tal diagnóstico, la bibliografía sobre el tema no es amplia: por ejemplo, en los catálogos en línea de la red de bibliotecas de la Universidad de Guadalajara (udeg) se encontrarán pocas publicaciones, como *Retrato a cuatro voces: Arreola y los talleres literarios* (La Colección de Babel, 1994), de Víctor Manuel Pazarín y "La literatura hoy", de Marco Aurelio Larios (incluido en *El patrimonio cultural del estado de Jalisco*, editado por la udeg, en 2001), en el cual se habla del panorama literario en el estado, incluidos los talleres, a fines del siglo xx. Otras obras abordan el tema desde un punto de vista teórico, así que ofrecen consejos, actividades y guías de lectura para implementar en un taller, mas no realizan investigación de campo alguna.

Hay más fuentes consignadas en la bibliografía de ambas tesis: entrevistas publicadas en periódicos, como las realizadas por Silvia Quezada en 1997 para *El Informador* o las llevadas a cabo por Cuauhtémoc Vite para el *Semanario Cultural*, suplemento de *Tiempo*

de Jalisco. *Diario matutino*, o bien, para el caso de las primeras décadas, las entrevistas de la investigación “Crónica de los talleres Literarios en México” del Centro para la Escritura de Creación, institución ya desaparecida de la Udeg. Sin embargo, ambos tesisas, al enfrentar el escenario de una bibliografía escasa, optamos por entrevistar a coordinadores y asistentes de talleres literarios. Así, Ponce comenta que

se trató de ver cómo y cuándo fue que iniciaron [los talleres], cuáles fueron sus problemas, la forma en que el coordinador entendía el concepto de taller, su metodología de trabajo, los ejercicios y, finalmente lo que sería el tema de la tesis: cuáles fueron sus principales logros en cuanto al ambiente cultural de la localidad, del país y del extranjero.³

3. *Ibid.*, p. 8.

Ponce incluye veintisiete entrevistas del ya fallecido Víctor Manuel Pazarín, ocho de él mismo, tres de Ricardo Yáñez, una de Carla Gómez y una de Luis Vicente de Aguinaga. En mi caso, además de agregar nueve entrevistas realizadas por Silvia Quezada, incluí treinta y tres de mi autoría, de modo que

Se averiguaron las metodologías de trabajo utilizadas, así como los conceptos que se manejaron y la manera en que era tratada la literatura. Una vez terminado el proceso de entrevistas se obtuvieron los datos aproximados de cuántas personas han asistido a algún taller, lo cual incluye a autores de reconocimiento local: esto permite descubrir hasta dónde ha llegado la influencia de las actividades a las que se dio seguimiento.⁴

4. *Ibid.*, p. 12.

Entre los datos recabados por ambas tesis, se tiene que el primer taller de la ciudad fue, según Ponce, el Taller Jalisciense de Literatura –coordinado sobre todo por Elías Nandino–; que en la década de los setenta “formar un taller literario no representaba un gasto económico fuerte para las instituciones [oficiales] como lo podría ser uno de pintura o danza”;⁵ así como también que es opinión general de los coordinadores que un taller no busca enseñar a escribir a los asistentes, sino “darles los elementos básicos de cualquier escritura e

5. *Ibid.*, pp. 10-11.

6. *Ibid.*, p. 11.

7. *Ibid.*, p. 12.

8. Gallegos, *op. cit.*, p. 136.

9. *Ibid.*, p. 7.

10. Ponce, *op. cit.*, p. 19.

irlos guiando a través de su desarrollo hasta que ellos tomen un cierto grado de conciencia en cuanto al fenómeno de la creación”.⁶

Ponce además menciona un dato notable sobre la influencia de los talleres: en la antología *Poesía reciente de Jalisco* (UdeG, 1989), “aparecen seleccionados 73 poetas, de los cuales al menos 50 tuvieron alguna relación con los talleres literarios”⁷ fuera constante u ocasional. Por otro lado, en mi tesis consigné que “al menos catorce de los [coordinadores] que tienen un apartado en esta investigación aparecen en *Poesía viva de Jalisco*”,⁸ antología de Raúl Bañuelos, Dante Medina y Jorge Souza editada por la Secretaría de Cultura de Jalisco, la UdeG, El Colegio de Jalisco, el Ayuntamiento de Guadalajara, La Musa Fea y Conaculta en 2004.

Estos datos numéricos señalan que los talleres han sido determinantes en el contexto literario local, pues una buena cantidad de autores han participado en ellos. Además, si bien no todos los asistentes terminan por ser escritores, al menos se aproximan más estrechamente a la literatura, pues en palabras de Luis Alberto Navarro: “El taller sirve para que de la prehistoria literaria en que se encuentran los integrantes, tengan una visión más universal, actual, y salgan de esa pseudoliteratura, con la cual casi todos llegan”.⁹ Los talleres no son infalibles para crear escritores, pero sí contribuyen al desarrollo literario de los asistentes.

2. Cronología

El primer antecedente de los talleres literarios en Guadalajara, refiere Ponce, se le debe a Ernesto Flores, quien en las clases de Literatura Española y Literatura Universal que daba en la Escuela Vocacional de Jalisco comenzó a encargar textos a sus alumnos, entre ellos haikú y cuento, al grado que “en la materia que impartía Ernesto, todos los estudiantes tenían la obligación de presentar una narración si querían tener derecho a examen”.¹⁰ No puede señalarse en qué grado estas actividades estimularon a sus estudiantes,

pero sí pueden citarse sus logros: Constancio Porras y José Francisco Romero ganaron el Premio Jalisco de Literatura; Jaime Estrada y Rafael Orozco publicaron libros de cuentos. Otro antecedente similar fueron “las clases de Composición I y II, impartidas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UdeG por Adalberto Navarro Sánchez y Arturo Rivas Sainz entre 1963 y 1969”.¹¹

En los años setenta surgieron los talleres propiamente dichos. Consistían en una explicación teórica por parte del titular y posteriormente éste hacía una crítica de los textos de los asistentes, los cuales había encargado en la sesión previa. En suma, el titular ofrecía herramientas de creación literaria, facilitaba el aumento del bagaje cultural y potenciaba la autocrítica. El escritor que ofrecía el taller era una figura de mucho peso en el mismo, y por ello “los talleres consistían en transmitir al tallerista toda una carga de experiencia del campo de la literatura en que el coordinador-escritor se había formado”.¹² Los principales exponentes de este tipo de taller son Elías Nandino, Ernesto Flores, Luis Patiño y Arturo Rivas Sainz.

En los años ochenta la dinámica de los talleres se modificó: por una parte, los asistentes tuvieron una participación más activa en el ejercicio crítico de cada sesión, por otra, algunos escritores desarrollaron programas para sus sesiones, de modo que crearon métodos sobre cómo trabajar y sistematizaron las actividades. Raúl Bañuelos y Rafael Torres Sánchez organizaron así sus talleres en ciclos. Ponce enfatiza que “durante esta segunda década se crea el Taller Literario ‘Elías Nandino’, el cual durará funcionando todo este periodo y de él saldrán varios de los escritores más importantes de la localidad”.¹³ SOGEM y LITERALIA, surgidos cerca de 1990, constituyeron otro tipo de taller con un programa más escolarizado.

Alrededor de 1990 los talleres sufrieron varios reveses: desapareció el Taller “Elías Nandino”, Marco Aurelio Larios dejó la coordinación del propio en el Instituto Cultural Cabañas, y ya habían desaparecido los del ISSSTE y la Facultad de Filosofía y Letras, surgidos en

11. *Ibid.*, p. 20.

12. *Ibid.*, p. 102.

13. *Ibid.*, pp. 103-104.

los años ochenta. Además, los más recientes, como los ofrecidos por Litalia y la SOGEM, tenían una estructura más académica, a diferencia de los anteriores, que se habían apegado a un formato base. Sin embargo, los talleres no sólo se mantuvieron, sino que se incrementaron con el paso del tiempo, y llegó a haber más en la década de los noventa que en las previas. Algunos lograron superar veinte años de actividad, e incluso la SOGEM y Litalia perduran hasta el día de hoy.

A continuación, por razones de espacio, se ofrece una cronología parcial de los talleres literarios en Guadalajara:

1957. Ernesto Flores da clases de literatura en la Escuela Vocacional de la UDEG, las cuales serían uno de los antecedentes más directos de los talleres literarios en Guadalajara.

1963. Se imparten las clases de Composición en la Facultad de Filosofía y Letras.

1969. Creación del grupo llamado “Protoestesis” con estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras.

1971. Se crea en la Casa de la Cultura Jalisciense el Taller Jalisciense de Literatura: en realidad eran varios talleres, y contó en su coordinación con Elías Nandino, Salvador Echavarría, Arturo Rivas Sainz, Ignacio Arriola, Ricardo Yáñez y Rafael Kuri.

1973. Arturo Rivas Sainz crea Ateneo Summa.

1975. Aparecen los talleres en el ex Convento del Carmen, coordinados por Luis Patiño, Guillermo García Oropeza, Arturo Rivas Sainz e Ignacio Arriola.

1979. Elías Nandino coordina un taller de poesía en la Casa de la Cultura Jalisciense, el cual al año siguiente cambió de sede y se instaló en el ex Convento del Carmen, lugar donde se le da el nombre de Taller de Literatura “Elías Nandino”. En 1984 el coordinador se mudó a Cocula y lo sustituyó Ernesto Flores. El año siguiente toman su lugar distintos coordinadores, entre ellos Jorge Esquinca, Luis Alberto Navarro, Felipe de Jesús Hernández, Miguel Ángel Hernández Rubio y Ernesto Lumbreras.

1983. Aparece el primer taller literario de la Facultad de Filosofía y Letras de la udeg, coordinado por Arturo Suárez.

María Luisa Burillo, asistente del Ateneo Summa, por sugerencia de Rivas Sainz empieza a tallrear con un grupo de personas.

1985. Por invitación del entonces director de la Facultad de Filosofía y Letras, Manuel Rodríguez Lapuente, Raúl Bañuelos imparte su taller en las aulas, el cual termina el año siguiente.

Marco Aurelio Larios se encarga de dirigir el Taller de Humanidades del Instituto Cultural Cabañas.

Aparecen los talleres literarios del ISSSTE coordinados por Ricardo Yáñez y Rafael Torres Sánchez.

1987. Se crea un taller literario en el Edificio Cultural y Administrativo de la udeg, coordinado por Flaviano Castañeda Valencia.

El taller “Elías Nandino” es coordinado por Patricia Medina, la cual dura en su cargo unos pocos meses.

En su búsqueda experimental, Ricardo Yáñez forma el Taller de Poesía Escénica.

Motivado por Ricardo Yáñez, Raúl Bañuelos comienza un taller para ISSSTE Cultura, el cual por diversos motivos se volvió itinerante al tener distintas sedes. Primero se instaló en la Casa de la Cultura en Zapopan, luego en la Casa Museo López Portillo y posteriormente en las instalaciones del ISSSTE ubicadas en la avenida Vallarta.

Ese mismo año Bañuelos comenzó a coordinar otros dos talleres, uno para jóvenes –más tarde llamado Antitaller de Poesía “César Vallejo”– y otro para asistentes en general, en el Centro de Estudios Literarios (CEL), después renombrado Departamento de Estudios Literarios (DEL). Más tarde ambos talleres se volverían itinerantes: el último sitio donde se alojó el primero fue el Rojo Café, por cortesía de Alfredo Saras, dueño del establecimiento.

1988. La SOGEM crea en Guadalajara, con el apoyo de su presidente, José María Fernández Unsaín, la Escuela de Escritores.

1989. El 29 de abril Patricia Medina funda la Asociación de Autores de Occidente y su área de estudios literarios: Literalia.

1992. María Luisa Burillo nombra como Taller “Juan Bañuelos” a las actividades que desarrollaba desde la década pasada, mismas que tuvieron lugar en la Casa de Poesía Juan Bañuelos.

1993. Carolina Aranda sesiona, enfocada en narrativa, en el Instituto Tecnológico de Monterrey; estas actividades seguirán en años posteriores de manera constante.

Primer taller de Víctor Manuel Pazarín.

1995. Artemio González dirige el Taller “Elías Nandino”, en la Capilla del Claustro del Carmen.

El Taller Sin Margen surge como un grupo, coordinado por Carolina Aranda, que integra a ex asistentes de diversos talleres ofrecidos en el Instituto Tecnológico de Monterrey, SOGEM, ITESO y la Universidad de Valle de Atemajac (UNIVA).

1996. La Licenciatura en Letras Hispánicas de la UDEG incluye dentro de su currícula un taller de narrativa, coordinado por César López Cuadras, como materia optativa.

1998. Se forma Incurables, taller de la Casa Museo López Portillo, coordinado por la directora de esta, Silvia Quezada.

Carolina Aranda coordina el Taller Sin Etiqueta, integrado por jóvenes de catorce a diecisiete años.

Aparece el Taller del Hospital Civil, integrado, entre otros, por Rafael Medina y Ulises Zarazúa. La coordinación es rotativa y acuden diversos escritores invitados.

1999. Carmen Peña, por invitación de Silvia Quezada, sesiona en la Casa Museo López Portillo.

Por invitación de Jorge Esquina, León Plascencia Ñol ofrece un taller de poesía en la librería José Luis Martínez del FCE.

3. Aportaciones de los talleres

Entre las aportaciones de los talleres literarios tapatíos puede mencionarse que ha habido personas que asistieron a uno y después crearon el propio, como Raúl Bañuelos, quien primero asistió a La Chintola y después creó el Antitaller de Poesía “César Vallejo”. Por otro lado, Ponce consigna que antes de la aparición de los talleres en Guadalajara sólo había un puñado de autores sin mucha influencia en el ámbito literario nacional, y que

las dos últimas décadas [los años setenta y ochenta] resultaron muy importantes dentro del proceso de la literatura jalisciense. Esto fue en gran parte gracias a la labor desarrollada por algunos coordinadores y debido, además, a que varios de ellos supieron orientar a sus talleristas.

Un buen número de los escritores más difundidos de Guadalajara estuvieron alguna vez en un taller literario.¹⁴

Esta última aseveración se ejemplifica por medio del siguiente listado: entre los poetas acudieron alguna vez a taller Raúl Bañuelos, Ricardo Castillo, Sergio Cordero, Jorge Esquinca, Ernesto Lumbreras, Dante Medina, Gilberto Meza, Carlos Prospero, Jorge Souza, Rafael Torres Sánchez y Ricardo Yáñez; entre los narradores se mencionan a Dante Medina y Carlos Real. “Todos ellos ya con libros publicados en editoriales importantes y con sólido prestigio dentro de la literatura nacional”.¹⁵ Al respecto, al final de su tesis, Ponce incluye una “Currícula de algunos de los ex talleristas más difundidos en los medios literarios locales o nacionales”.

Por otra parte, en el caso de Literalia y según esta institución, para 2009 varios escritores que estuvieron en sus talleres ya coordinaban los propios, como son los casos de Luis Armenta Malpica, Gabriela Sierra Becerra, Karla Sandomingo, Gabriel Martín, Mauricio Montiel Figueiras, Rocío Mejía y Mercedes Alba.

Hay otras aportaciones de los talleres, pues también, como recopila Ponce, “aparecieron ensayos,

14. Ponce, *op.cit.*, p. 101.

15. *Ibid.*, p. 105.

16. *Idem.*

17. *Ibid.*, p. 106.

poemas, cuentos y fragmentos de novelas en los diarios locales *El Occidental*, *El Informador* y *El Jalisciense*, entre otros”.¹⁶ A esto hay que agregar la creación de revistas “especializadas en literatura como *Papeles al Sol*, *La Capilla*, *Estaciones*, *La Muerte*, *La Chintola*, *Péñola*, *Campo abierto*, *Summa* y *Zentzontli*”.¹⁷

En síntesis, los talleres literarios en Guadalajara han tenido una funcionalidad múltiple: potenciar la formación de escritores, producir textos y publicaciones, entre ellas revistas y plaquetas, además de desempeñar un papel importante en la difusión de la cultura y ser indicador de las tendencias literarias en la ciudad.

Desde 1973, cuando se desarrolló el Taller Jalisciense de Literatura, y hasta el año 2000 ha habido una evolución en diversos aspectos: en los ejercicios utilizados, la manera de trabajar en la sesión, el cómo llevar a cabo la crítica, las teorías tomadas como base, los géneros trabajados y el hecho de realizar publicaciones. Quizá el primer gran cambio se relaciona con el concepto mismo de taller: en sus orígenes, en la década de 1950, y aún hoy en algunos casos, era un lugar donde un escritor de prestigio mostraba a los asistentes su manera de percibir la literatura, además de explicar teoría literaria y revisar los textos encargados. Con el paso de los años surgió otra concepción, la del taller como sitio donde se daban a conocer herramientas útiles para la creación literaria. En este caso ya no era necesario que un autor consagrado fuera quien se hiciera cargo, pues los elementos teóricos podían ser dados a conocer –y las actividades prácticas guiadas– por alguien que tuviera conocimientos un tanto amplios de literatura y que hubiera practicado hasta cierto punto la creación.

Poco a poco el nuevo modelo de taller se alejaba más del visto en la Casa de la Cultura con Nandino, pues los asistentes obtenían atributos del coordinador, de modo que éste dejó de ser el eje central. Tal vez este proceso explique en parte el auge de los talleres en los noventa, pues era relativamente más sencillo reunir los requisitos para fungir como coordinador. Así pues,

mientras varios talleres se mantenían activos, como el Antitaller de Poesía “César Vallejo”, el “Luis Patiño”, el “Juan Bañuelos”, la SOGEM y Litorialia, algunos otros nuevos surgían, de ahí su incremento. El hecho de que de los talleres surjan otros –como un resultado colateral– y que algunos hayan sido tan duraderos es indicador de su solidez como proyecto cultural.

En una materia de estudio tan vasta como la de los talleres literarios puede hablarse de varios aspectos, como los diversos tipos que ha habido, sus variantes temáticas y posibilidades, sus dificultades o las características de los diversos talleres de las preparatorias de la UDEG. Tales temas ya han sido abordados en las tesis mencionadas en este texto. Resulta indispensable continuar la labor de investigación en este campo, ahora en lo respectivo al siglo XXI.